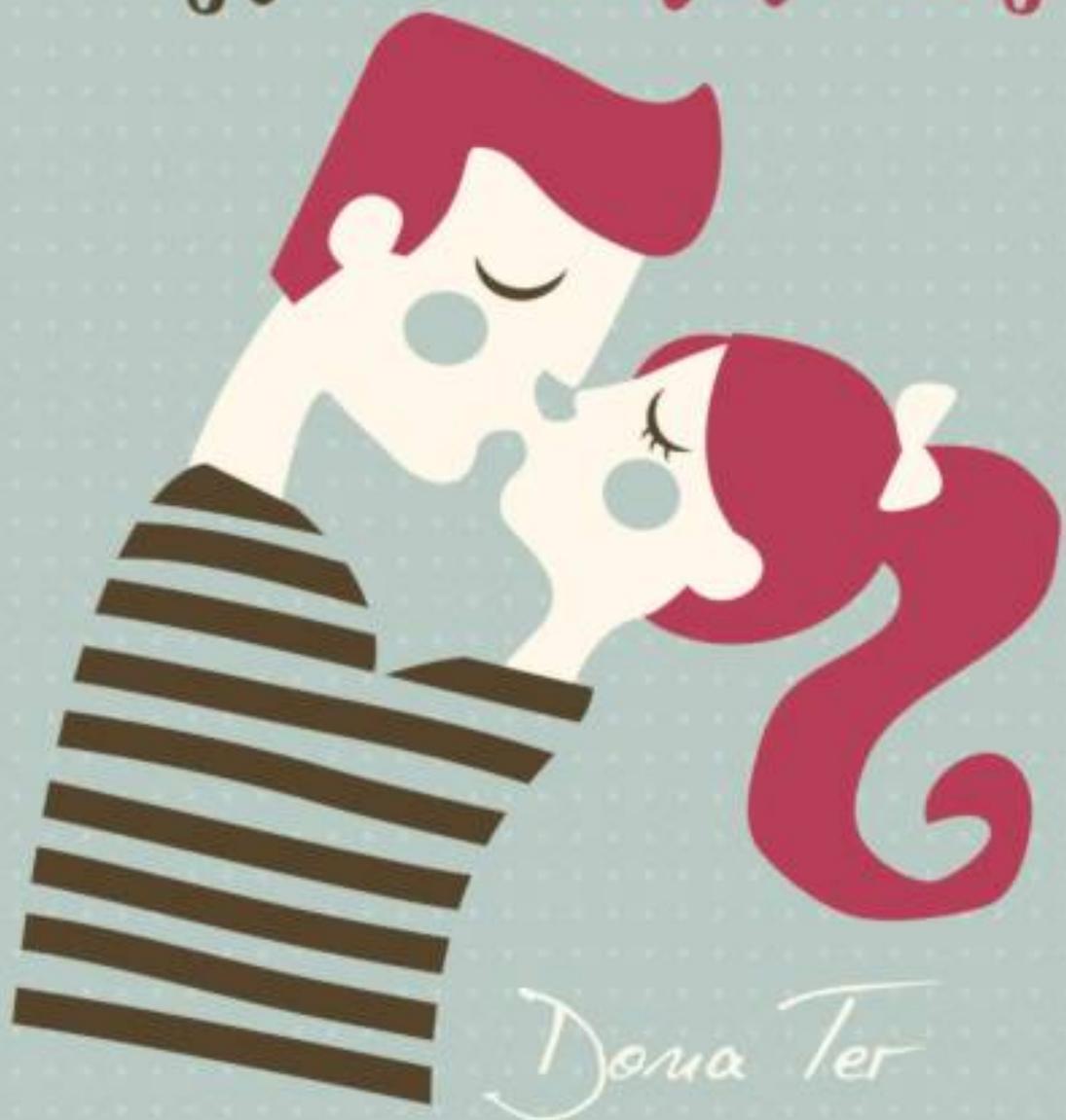


Semanas de siete martes



Dona Ter

Semanas de siete martes

Dona Ter

Semanas de siete martes, Dona Ter.

Diseño de portada: Dona Ter. (Imagen: Shutterstock).

©Safe Creative, enero 2020.

Todos los derechos reservados. Queda rigurosamente prohibida, sin la autorización escrita y legal de los titulares del Copyright, bajo las sanciones establecidas en las leyes, la reproducción parcial o total de esta obra por cualquier medio o procedimiento, incluidos la reprografía y el tratamiento informático, así como la distribución de ejemplares mediante alquiler, envío por email o préstamos públicos.

*La manera de comenzar es dejar de hablar
y empezar a actuar.
Walt Disney*

*Solo imagina lo precioso que puede
ser arriesgarse y que todo salga bien.
Mario Benedetti.*

Índice

ÍNDICE

SINOPSIS

PRÓLOGO

1

2

3

4

5

6

7

8

9

10

11

12

13

14

15

16

17

18

[19](#)

[20](#)

[21](#)

[22](#)

[23](#)

[24](#)

[25](#)

[26](#)

[27](#)

[28](#)

[29](#)

[30](#)

[31](#)

[32](#)

[33](#)

[34](#)

[35](#)

[36](#)

[37](#)

[38](#)

[39](#)

[40](#)

[41](#)

[EPÍLOGO](#)

[AGRADECIMIENTOS](#)

[OTROS LIBROS DE LA AUTORA](#)

Sinopsis

Dicen, se habla, se comenta que las novelas románticas son muy previsibles, que desde el inicio se sabe cómo van a terminar. La boda suele ser el recurso utilizado en el noventa por ciento de los casos y esta no va a ser la excepción. Pero ¿para qué esperar?

Por eso he pensado que lo mejor será que te cuente mi historia mientras nos tomamos una copa de champán (o las que surjan) y damos buena cuenta de la tarta nupcial. Querid@ lector@, ponte guap@ porque nos vamos de boda ya desde el prólogo.

Tres días en un *cottage* de los Cotswolds para asistir a una
boda.

¿Qué puede salir mal? Mejor ni pensarlo.

¿Qué puede salir bien? Todo... y algo más.

En Spotify encontrarás una lista de reproducción
([Semanas de siete martes](#))
con las canciones que se citan en el libro.

Prólogo

Diciembre

Los novios bailan en medio de la pista mientras familiares y amigos los rodean haciendo de coro, pero ellos se hallan aislados del mundo por una neblina de esencia de flores y notas musicales enredadas en melodías que danzan en el aire, mezcladas con las risas y las voces. Sus pies se mueven por inercia, sin seguir ningún patrón, solo se balancean, abrazados.

El novio es incapaz de dejar de mirar a su mujer mientras juguetea enroscando un mechón del cabello en su dedo. Siempre le ha gustado sentir la suavidad y el olor que desprende. Sonríe al pensar que esa fragancia va a estar impregnada para siempre en su almohada.

Ella cierra los ojos, necesita concentrarse un minuto para poder asimilar todo lo que siente. Como la mano de su reciente marido en la espalda, donde esta casi pierde su nombre, ciñe aún más sus cuerpos o su cálido aliento haciéndole cosquillas en la frente. Es tal la felicidad que la embriaga que siente que se expande por toda su piel y que esta brilla en contacto con los últimos rayos de sol que se filtran por la cúpula de cristal. Es la boda perfecta, la que todas las niñas sueñan tener.

—Hace justo siete meses te pedí que memorizaras un momento, ¿lo recuerdas?

Ella asiente y alza la cabeza, sabe exactamente a lo que se refiere. Sonríe expectante, por fin va a poder conocer la respuesta.

El novio mira a la novia y en su retina veo mi reflejo, porque yo soy la novia.

Y esta es nuestra historia.

1

Mayo

Como lo que pretendo contar es una comedia romántica, lo más normal sería que, siguiendo el patrón de la mayoría de todas esas pelis que hemos mirado cincuenta mil veces —y de las que algunas nos orgullecemos de sabernos hasta su guion—, empezara relatando cómo el sol se va alzando y se refleja en los rascacielos de la ciudad de Nueva York, todo ello desde una vista de pájaro —o de dron— y suena una canción que activa todas tus neuronas sensibleras. Son las primeras horas del día en el que la vida de la protagonista cambiará para siempre.

Pero la verdad es que estaba en Londres, eran las cuatro de la tarde, el cielo se había mantenido todo el día de un gris plomizo y el aire olía a humedad. Para banda sonora tenía al vecino de al lado. Creo que es dominicano porque cada tarde me deleitaba con sus bachatas a toda voz mientras se duchaba y acicalaba para otra noche movidita. Es triste confesar que por aquel entonces mi cama tenía movimiento gracias a la suya, y no me malentendáis, es que las paredes son como papel de fumar. Se oye todo y con la fuerza que empujaba el *machoman* vibraba hasta mi colchón. Siempre me he preguntado cómo será porque reconozco que me pica la curiosidad, pero luego prefiero quedarme con la incógnita y seguir creyendo que es un treintañero profesor de baile en una conocida discoteca y no..., bueno, a ese que ya te estás imaginando con camiseta de tirantes blanca y bigotillo.

Vale, esta soy yo la que presenta antes a su vecino que a ella misma, pero ese es uno de mis defectos, si puedo escaquearme, lo hago. Odio ser la protagonista de nada, pero esta es mi historia y no tengo alternativa. Soy Winter, sí mis padres son así de originales, que naces en junio o abril

como mis hermanas, te ponen June o April, que vienes al mundo el veintiuno de diciembre con el cambio de estación, pues así te inscriben en el registro. Tengo veintisiete años y no te sorprenderá que confiese que me gustan las pelis románticas, adoro una buena historia de amor (da igual si termina o no con final feliz) y soy adicta al chocolate. Me encanta el otoño y la nieve. Soy perfeccionista, me gusta el orden y el control. Y los niños, puede que por eso en lugar de hacerme contable, acabé estudiando para profesora —para sorpresa de mi familia que hasta hizo apuestas sobre el tiempo que aguantaría— y desde entonces trabajo en la escuela primaria con alumnos de seis años.

Y estaba soltera. Situación que empezaba a preocuparme sobre todo porque mi abuela me lo recordaba cada dos días —que me llamaba para saber si seguía viva en la ciudad—. Otra razón era porque mis dos hermanas mayores se habían casado con veintisiete años y sentía esa presión por seguir con la “tradicción”. Era la primera que tenía ganas de encontrar pareja, estaba deseando tener los niveles de dopamina por las nubes por estar enamorada, colocada por la serotonina y segregando sobredosis de oxitocina con cada orgasmo... (*Oh my god*, ya hablo como él... Pero como estoy segura de que va a leer esto y se reirá, no lo borro).

Hay momentos que llegas a sentirte menos mujer por no estar casada ni tener hijos. Solo hace falta mirar a la gente a la cara cuando les dices que no tienes pareja. Algunos parece que estén a punto de darte hasta el pésame.

Mucho feminismo, pero hoy en día a nosotras mismas nos cuesta quitarnos estos clichés. Dicen, se habla, se comenta que Disney ha hecho mucho daño con su visión de las mujeres. Yo añadiría que Bridget Jones tampoco ha ayudado mucho. Nos la vendieron como una perdedora por estar soltera a los treinta y dos (a pesar de tener un trabajo a tiempo completo y tener su pisito en la zona Uno de Londres). Pero lo resaltable de ella era que no tenía pareja y que era una patosa que solo encontraba consuelo atiborrándose de helado.

Claro que la Bradshaw, su compi neoyorquina, y su vida glamurosa tampoco es muy representativa. Al menos a mí no. Ni en las comidas con las amigas en sitios glamurosos, nosotras somos felices con una pinta en la mano en cualquier pub —de cuyo nombre no puedo acordarme—, ni en compensar la falta de amor comprando *Manolos*.

Al fin y al cabo, todas y cada una de ellas, entre helados y tacones, deseaban enamorarse y ser correspondidas. Yo había terminado siendo una mezcla de las dos, no llevaba un diario ni tampoco era escritora. Vivía sola, sin gato ni pez. Mi armario no se caracterizaba por zapatos de tacón ni Ben & Jerry's dominaban mi congelador. Era una simple mujer con sus manías, sus fobias e ilusiones.

Nada en mí es reseñable, soy del montón. Tengo el rostro redondo, la nariz algo achatada, ojos de un banal marrón y siempre he creído que tengo la boca demasiado grande. Cuando ocurrió todo esto hacía poco que me había cortado el pelo y lucía una media melena a nivel de la mandíbula, con reflejos más claros que daban luz a mi cabello castaño. O eso es lo que declaraba mi estilista. Aún no me había acostumbrado a verme con tan poco pelo y a veces seguía haciendo el gesto de apartarlo hacia atrás. Con mis genes británicos mido un metro setenta y con curvas donde hay que tenerlas. Con el cambio de look hay quienes decían que me parecía a la actriz Lily James, y como que desde su interpretación en *Mamma mía 2* ya me ganó, pues estaba encantada con la comparación. Por no hablar del papel que hizo en *La sociedad literaria y el pastel de piel de patata* en la que acababa enamorada del criador de cerdos; pero hasta yo me enamoré de él. Ains... Michiel... qué hombre...

Bueno, volvamos a la historia, como te decía serían las cuatro de la tarde cuando llegué a casa. El apartamento era... singular y muy estrecho. Nada más entrar encontrabas una escalera que te llevaba al salón, subiendo otros cinco escalones estabas en la cocina y una puerta daba acceso al baño y subiendo otro tramo similar llegabas a la habitación.

Era peculiar, con la cocina anticuada, igual que los electrodomésticos, pero tenía cierto encanto y en cuanto lo vi supe que sería mi *batcueva*, como la bautizó mi cuñado Harry. Había pintado las paredes en amarillo para dar más luz y dado color con las alfombras que escondían una vieja moqueta que en su momento glorioso debía ser de un tono burdeos. La habitación tenía en las paredes un papel floreado que de tan viejo volvía a estar a la moda y una claraboya sobre la cama que me encantaba, sobre todo en verano. En invierno, cuando hacía condensación por la diferencia térmica y se formaban gotas que terminaban cayéndome en la cara, perdía todo su encanto.

Dejé sobre la mesa las llaves y las cartas que había recogido del buzón. Me quité las botas y la *trench*, de un tono rosa grisáceo, que estrenaba aquel jueves y que había pedido por internet tres días antes. Aprovecho ahora, que como mínimo tú me lees, para hacer un llamamiento: las noches de insomnio deberían cortar el wifi, o como mínimo capar el acceso a los servidores de las tiendas de ropa. Y ya puestos también a los de decoración. Era mi vicio. Lo sigue siendo.

Después de tomarme una ducha calentita para desentumecer los huesos de la humedad de la calle, me preparé un té y me dispuse a terminar de leer la novela mientras de fondo sonaba [Kiss somebody](#) de Morgan Evans. Delante del sofá de tres piezas tenía una mesa baja, la única en toda la casa. Solía comer en la cocina, en la mesa batiente que mi padre y mi cuñado Luke habían instalado bajo la ventana. Por eso la que había en la sala terminaba por ser el centro de la casa. Todo lo amontonaba allí: mi portátil, velas, los libros empezados... y entre aquel caos de cachivaches, eso sí bien organizado, el correo. Entre publicidad, facturas de luz y teléfono, un sobre color crema sobresalía entre el montón y me llamó la atención. Con el ceño fruncido lo cogí, la respiración se me detuvo y el latido se aceleró cuando vi el matasellos de Kingham. Mi pueblo natal. Las manos empezaron a temblarme, no podía ser lo que imaginaba. Cuando saqué la invitación, solté un grito que

oyeron a las dos orillas del Támesis hasta su desembocadura. Era peor. No era la boda de él, era la boda de mis padres.

O mejor dicho..., ¿reboda?

Estos dos iban a matarme de un día a otro.

Se casaron, tuvieron tres hijas, yo soy la más pequeña; se separaron poco antes de la boda de mi hermana mayor, June, y a la que acudieron con sus "nueva pareja". De eso hacía cinco años. Se liaron en la boda de mi hermana mediana, April. De eso hacía dos años. Y ahora recibía una invitación informándome de que se volvían a casar.

Miré la fecha —tres veces— y me mordí el labio para no volver a gritar y asustar a los vecinos tanto como para que llamaran a la policía. Era jueves día 23 de mayo y se casaban el domingo 26 de mayo. En tres días.